

pero con los que tuvieron que contentarse, á falta de otra cosa.

Cocardasse, aprovechando la lección de equitación que había recibido á expensas suyas la víspera, montaba ya casi convenientemente. Apenas saltaba diez veces de cabeza á grupa por legua.

Lo cual era ya gran progreso.

## XVI

## MARINA

Felipe no experimentó ningún retraso en el trayecto de Ostende á París.

Tomando sólo el descanso necesario á él y á su caballería, franqueó en cuatro días el espacio que de la capital le separaba.

Á corta distancia de ésta, el caballo, reventado por el doble viaje que acababa de efectuar, cayó para no volverse á levantar.

Mas poco importaba esto al sargento: ¡estaba casi en París!

Terminó á pie su camino, y no tardó en llegar á la calle del Pas-de-Mule, donde se encontraba la fonda del « Roussin d'Arcadie », en la que penetró como un ciclón, en el despacho, donde resplandecía la dueña, la señora Gloria, gruesa comadre de treinta y seis á treinta y ocho años, de redondeces un tanto derruidas.

Ante tal modo de presentarse, Gloria, que no había abdicado aún, y que temía todavía por sus encantos, creyó en un ataque repentino y experimentó un escalofrío de espanto, al tiempo que protegía sus senos con sus dos brazos, gruesos como jamones.

No obstante, al notar el lindo rostro del intruso, pensó que no sería del todo desagradable el ataque, y apercibióse á sostenerlo á gusto.

Felipe, que se cuidaba muy poco de la tal Gloria y de sus atractivos plásticos, preguntóle con ansiedad:

— ¿No tiene usted aquí una joven llamada Marina?

— Sí, señor sargento... una joven que...

— Indíqueme, por favor, su habitación — interrumpió Felipe.

— ¿Es usted el hermano á quien ella espera? ¡ah! ¡qué contenta se va á poner la pobrecilla!

— Pronto, pronto. Dígame dónde está — dijo con impaciencia el sargento.

— Dispéñeme... Voy á guiarle.

— No, no merece la pena; ¿dónde se hospeda? ¿Dígame de una vez! ¡Demonio!

— ¡Ah! ¡Virgen santa! ¡Un muchacho tan guapo, jurar de ese modo!

Felipe le lanzó terrible mirada.

— En el primer piso; la puerta que está en frente de la escalera; la llave se halla puesta, — apresuróse á contestar Gloria, á quien aquella mirada hizo temblar.

En dos brincos, subió el joven la escalera.

Cuando iba á entrar en el cuarto de Marina, tuvo cierto escrúpulo.

¿Cómo la encontraría, y qué iba á contarle ella?

Su desesperado llamamiento hacía le entrever cosas tan graves que casi temía conocerlas.

Por fin entró en el cuarto de la joven.

Hallábase ésta sentada en ancha butaca, con la cabeza inclinada contra un hombro, como si no tuviera fuerza para sostenerla.

Al ruido de la puerta al abrirse, la levantó, y reconociendo al que llamaba su hermano, dejó escapar sordo quejido. Felipe corrió á ella:

— ¡Marina! — exclamó. — ¡Pobre Marina! ¿Qué ha ocurrido durante mi ausencia, y por qué hablas de morir?

Abrazábala efusivamente y le prodigaba mil caricias.

Mas ella trataba de rehuirlas y lo rechazaba suavemente.

Este recibimiento le dejó perplejo; y empezó á examinarla detenidamente.

¿Cuántos cambios habíanse operado en ella desde su marcha!

La había dejado exuberante de salud, con los labios en flor, los ojos límpidos como el cristal, y la veía ahora con la faz descolorida, la boca crispada por el dolor y tristes como la noche los ojos.

Y en toda su persona se revelaba un decaimiento, indicio de dolor interior y continuo:

Esto le hizo daño.

Notó también que Marina evitaba sus miradas, cual si se avergonzase en su presencia.

— Gracias, Felipe, por haber venido, — le dijo ella

con voz débil. — ¡Oh! gracias. ¡Me temía no volver á verte, antes de morir!

— ¡Morir! ¿pero, por qué?

— ¿Por qué? Pues porque no soy digna de vivir.

— ¿Qué quieren decir esas palabras, hermanita? No lo comprendo. Además, el mensajero que me llevó tu carta, díjome que te había encontrado en un puente, dispuesta á arrojarte al agua. ¿Es verdad?

La joven hizo una seña afirmativa.

— ¿De modo que querías acabar con la vida? Acabar, sin pensar en la inmensa pena que me producirías, á mí, que tan tiernamente te quiero.

— ¡Oh! ¡sí, lo pensé!...

— ¡Y eso no te detuvo!

— ¡No podía... no puedo vivir ya!

— Hermanita — dijo gravemente el sargento, — para que hayas llegado á desear tan ardientemente la muerte, muy grande ha debido de ser tu desesperación. ¿De dónde procede? ¿Sigues teniendo la suficiente confianza en mí, para hacerme conocer la causa?

— ¡Para qué! En nada remediaría eso mi desgracia, y te haría padecer inútilmente.

— Probablemente me hará padecer; pero quizá también me hará poder aliviar tu pena.

— ¡No es posible! Mi pena es de esas que no admiten consuelo.

— Vamos, hermanita — continuó el joven, sentándose á su lado y cogiéndole cariñosamente las manos que sentía estremecerse entre las suyas; — vamos, ¿soy yo tu hermano, lo mismo que antes?

No te acuerdas, que, antes, compartíamos todo juntos, penas y alegrías... que tú me confiabas tus más recónditos pensamientos... que yo sabía leer en el fondo de tu corazón... De ese corazón que hoy está cerrado para mí.

Ante esa evocación, la joven se sentía agitada por dulces recuerdos que acudían de repente á su imaginación, y comparando su situación actual con la de antes, presentóse á sus ojos una oleada de lágrimas.

Y lloró, lloró largo rato, inclinada contra el hombro del sargento.

Luego, calmado en parte su llanto, contestó:

— Querido Felipe, como antes, ahora no tendré secreto alguno para ti... y ya que lo quieres, vas á saberlo todo. Luego verás si puedo vivir.

Escucha, pues.

Poco después de marcharte al ejército, la señora de Passepoil, que me había tomado cariño y quería mi bien, me buscó una colocación más ventajosa, en casa de la marquesa de Verteuil.

Al principio, entré allí como costurera de ropa blanca; pero, habiéndose enterado la marquesa de que yo bordaba bien, me hizo abandonar las demás labores, para ocuparme solo en el bordado.

Parecía ella muy satisfecha de mi trabajo, y tanto, que, para verme bordar, me permitió permanecer en un rincón de su sala, y recibía en mi presencia á las personas que la visitaban.

Entre éstas, una de las más asiduas era un joven de treinta á treinta y dos años, de origen lombardo.

Mi ama le llamaba familiarmente Zen.

El primer día que me vió en la sala, preguntó á la marquesa quién era yo.

La señora se lo dijo.

— ¡Es encantadora! — observó él — ¡verdaderamente encantadora!

Y en seguida, empezó á examinarme con lentes; sin tener en cuenta la turbación que su examen me producía.

Á cada nueva visita, volvió á empezar su insistencia, y hasta, á veces, se acercaba al lugar en que yo me encontraba, para dirigirme la palabra; lo que me causaba gran confusión, pues no sabía lo que responderle.

La marquesa, que sólo veía en eso un pasatiempo, no se preocupó en modo alguno.

— Además, — me decía ella, riendo; — es italiano, y ya sabe usted que los italianos admiran con expansión.

Un día en que la señora de Verteuil me envió con un recado á casa de una amiga suya, encontré al señor Zen, que pasaba en una carroza.

Al verme, mandó parar, se apeó del carruaje y vino á preguntarme por qué me encontraba fuera del palacio de la marquesa.

Le indiqué el motivo y le dije adónde me dirigía.

— ¡Oh! ¡eso está aún muy lejos! — objetó — ¿cómo tiene la marquesa corazón para dejar correr por el barro unos piececitos tan lindos como los suyos? Suba á mi carroza, hija mía, yo la acompañaré.

Yo creía que lo decía en broma; pero, no era así, y

por más que protesté y renuncié tal honor, insistió él tanto y tan bien, que tuve que sentarme á su lado.

Apenas puestos en marcha, pronuncióme un discurso que me dejó completamente turbada y acabó por exponerme una declaración de amor.

Yo la rechacé con la mayor indignación.

Como mi actitud le importaba poco, no encontré más medio de sustraerme á sus impertinencias que abrir bruscamente la portezuela de la carroza y lanzarme á la calle, á riesgo de romperme las piernas.

Me guardé bien de confiar esa aventura á la marquesa, para que no se enfadase con el señor Zen, cuya conducta hubiera censurado seguramente la señora.

Además, creí que, después de lo ocurrido, cesaría éste de perseguirme con su asiduidad.

Y de mi silencio ¡ay! derivó mi desgracia.

Durante las visitas posteriores que el señor Zen hizo á mi ama, no me volvió á hablar; pero sus ojos, dirigidos frecuentemente á mí, tenían un lenguaje muy distintamente elocuente al de las palabras, y sobre el cual no podía yo equivocarme.

Experimenté un malestar inexplicable.

Seis semanas después, poco más ó menos, tuvo que ausentarse la marquesa para ir á pasar unos días en casa de una tía anciana que habitaba en las alturas de Montmartre.

Tres días después de su marcha, me trajeron una carta suya, en que me ordenaba ir á verla y llevar varias muestras de bordados que quería enseñar á su parienta.

Yo me apresuré á obedecerla y, una vez en Montmartre, me presenté en la casa cuya dirección me habían dado en la carta.

Recibióme una mujer que me pareció ser un ama de llaves ó una señora de compañía.

— Señorita — me dijo, — su señora acaba de salir para dar un paseito con la mía; pero no tardarán en volver las dos. Entre tanto, pase á descansar y á tomar un refresco; pues parece usted muy fatigada y molestanda por el calor.

En efecto, yo tenía mucho calor y estaba bastante cansada, porque corría el mes de julio y la atmósfera era pesadísima.

Acepté, pues, lo que me proponía y la seguí sin desconfianza.

Entonces, me condujo á una habitación ricamente amueblada y me sirvió un refresco.

Transcurrió una hora sin que viera yo volver á la marquesa ni á su parienta. Poco á poco me sentí invadida por un aturdimiento que se apoderó de todo mi ser.

Creí que sería efecto de la temperatura y del cansancio, y no me preocupé, creyendo que pasaría.

Y hasta para salir más pronto de esa torpeza, me levanté y di algunos pasos por el cuarto.

Pero me tambaleaba á derecha é izquierda, como si me faltase pie, y, para no caer, tuve que volver á mi asiento.

Á partir de aquel instante, todo era para mí la nada... hasta el día siguiente.

Al llegar aquí, hizo Marina una pausa y pareció titubear para la continuación de su relato.

Con las mejillas coloradas por la vergüenza, trataba de retirar sus manos de las de Felipe, para taparse el rostro.

— ¿Por qué te detienes, hermanita? — le preguntó éste, cuyo rostro estaba lívido, pues temía comprender lo que aun no le habían dicho.

— ¡Oh! ¡Felipe, si supieras lo que me queda por decir!

— ¡Pobrecita! — exclamó, con voz triste, el sargento, — temo sospecharlo; pero continúa... Tengo que saberlo todo... ¡todo!

La joven exhaló un suspiro desgarrador, y luego prosiguió:

— No volví en mí hasta la mañana siguiente...

Y como había perdido el conocimiento á eso de las seis de la tarde, resulta que durante un espacio de doce horas, estuvo completamente aniquilada mi voluntad.

Al abrir los ojos, creí, en un principio, soñar.

Hallábame acostada en un suntuoso lecho colocado en medio de un cuarto amueblado con lujo inaudito.

Los rayos del sol penetraban á borbotones por las ventanas, provistas solamente de ligeras cortinas de encaje, y venían á acariciar el brocado de la colcha de la cama.

Como alelada, dejaba vagar por todas partes mis miradas, tratando de darme cuenta de lo extraño de mi situación.

De pronto, detrás de la cabecera del lecho, distinguí

al señor Zen, quien, en elegante vestido de casa, me miraba, con una sonrisa en los labios, y parecía gozar con mi extremada sorpresa.

Su presencia á mi lado, en aquel momento, fué para mí un rayo de luz...

Recordando con extraordinaria lucidez los sucesos de la víspera, comprendía inmediatamente la infame maquinación de que había sido víctima y la irreparable desgracia que padecía.

Entonces, loca de dolor, perdiendo la cabeza, me levanté de un salto, y, cogiendo á escape parte de mis ropas que estaban en el suelo, me precipité hacia la puerta, sin tener más que un pensamiento: el de huir lejos, muy lejos de aquel lugar odioso donde se consumó mi deshonra.

Pero, en el momento en que iba á salir, el señor Zen me retuvo, enlazándome en sus brazos y, empleando la fuerza, me obligó á quedarme para oír lo que él llamaba la disculpa de su crimen.

Se había enamorado de mí, decía, con pasión insensata... pasión que me había declarado cuando monté en su carroza... y que con tanta indignación rechacé yo...

Desde ese día, su vida no fué más que un martirio.

En vano trató de combatir ese amor que le consumía... no pudo conseguirlo.

Entonces, seguro de que nunca sería yo suya de buen grado... resolvió obtenerme por astucia...

Él fué quien imitó la letra de la marquesa, para atraerme allí... y ordenó á la mujer que yo vi, que me diera un narcótico...

Pero estaba dispuesto á reparar su falta... en lo sucesivo sería mi esclavo...

Hablóme de ese modo largo rato, comprometiéndose más y más á quedarme sumiso... y hasta me prometió unirse á mí con lazos legítimos.

¿Qué quieres que te diga, Felipe? Al oírle, poco á poco iban calmándose mis nervios... mi surexcitación dejaba el puesto á un aniquilamiento general de todo mi ser... y, en mi ignorancia de las condiciones sociales, al ver que me ofrecía casarse conmigo para reparar su infamia, dejé de rebelarme.

Sin embargo, en el fondo sentía yo invencible repulsión á él...

Aprovechó de mi anonadamiento momentáneo para hacerme jurar que no revelase á nadie lo ocurrido; puesto que, de saberse, podría perjudicar á su boda conmigo... porque, siendo él de posición acomodada, tenía que guardar ciertos miramientos para con su familia.

Yo lo juré... y tú, Felipe, eres el primero por quien hago traición á mi juramento.

Ni la marquesa ni la señora de Passepoil han sospechado la menor cosa, si bien deben de estar ahora muy inquietas respecto de mí y se preguntarán por qué he desaparecido tan bruscamente.

Desde aquella noche fatal, volví á ver varias veces al señor Zen y le recordé su promesa; pero siempre hallaba medio de retrasar su cumplimiento bajo cualquier pretexto, y...

— ¿Y? repitió Felipe con ahuecada voz.

— ¡Y hace cuatro meses que estoy deshonrada!

— ¡Ah miserable de él! — rugió el joven, aplastando un mueble bajo su puño cerrado y dando por fin libre curso á la terrible cólera que germinaba en él. — ¡Ah! ¡Yo le obligaré á cumplir esa promesa, aunque para ello tuviera que clavarle mi espada en la garganta!...

Nada temas, Marina,... pronto, está segura; podrás llevar la frente levantada ante todo el mundo...

Dime dónde puedo encontrarlo.

Marina dejó ver triste sonrisa:

— ¿Que dónde pues encontrarlo, Felipe?

— Sí... ¿no está ya en París?

— Sí; pero escucha aún; no lo he dicho todo...

Hace diez días, el marqués de Verteuil daba una reunión de gala...

Como eran muchos los convidados, requirieron todo el personal del palacio, mujeres y hombres, para el servicio de la cena.

Yo estaba agregada al de uno de los principales salones, detrás del cual podía ver ir y venir á la muchedumbre.

En medio de la reunión, anunciaron al señor Embajador de la república de Venecia.

Abrióse la gente en dos filas para dejarle paso... y cual no fué mi estupor... cuando vi aparecer á mi cobarde seductor, que no era nada menos que el caballero Zeno, acreditado por la república de Venecia en la corte de Francia.

— ¡Ah! ¡desgraciada niña! — exclamó el sargento

— Me quedé clavada en el suelo, creyéndome juguete de horrible pesadilla. Asaltáronme mil confusos pensamientos; pero uno solo dominó á todos los demás y es que me veía perdida para siempre... perdida irrevocablemente.

Entonces vi destrozada mi existencia... arrastrándose mis días por la vergüenza y el oprobio, y no pensé más que en morir...

Sobreponiéndome al horroroso dolor que me torturaba, salí inadvertida de casa de la marquesa... y ya sabes lo que aconteció...

Ya ves, hermano mío... que ya no me es posible vivir y que no me queda más refugio que la muerte.

— No, Marina — dijo firmemente el sargento, — no quiero que mueras... Á pesar del cobarde atentado de que has sido víctima, yo te considero tan pura y tan inocente como antes, y, si es preciso, proclamaré tan alto esa pureza y esa inocencia, que todo el mundo tendrá que creerlas.

— ¿De veras, Felipe?... — dijo la joven, en un arrebato. — ¿Es verdad que no me crees indigna?... ¿podrás seguir queriéndome?

— ¿Serías capaz de dudarlo?

— ¡Oh! gracias, querido... eso era lo que me mataba... porque si supieras... si tú supieras...

Y los ojos de la joven se clavaron en los del sargento con una irradiación de ternura tan intensa, que, por primera vez, creyó leer éste en ellos un cariño más vivo que el afecto fraternal.

No obstante, aparentó no reconocerlo.

Además, tal vez se equivocase, pues, hasta entonces, ningún indicio le dió á entender que Marina le amase de otro modo que como á hermano.

Esto aparte, no era aquel el momento de profundizar la cosa.

— Marina — continuó, — ante todo, vas á prometerme renunciar para siempre á tus ideas de suicidio... lo exijo en absoluto.

— Te lo prometo — repuso la joven entre suspiros.

El rostro de Felipe, por el que durante el relato de su hermana había pasado el reflejo de todos los dolores humanos, iba recobrando poco á poco su calma.

Pero esa calma insólita era mucho más terrible aún que el más horroroso desencadenamiento de cólera, porque acababa de germinar en él una grande é irrevocable resolución.

Prosiguió :

— Además, vas á prometerme también quedarte aquí tranquila, hasta que yo regrese...

— ¿Hasta que regreses? — preguntó la niña temblando; — ¿quieres, pues, dejarme ya?

— No hay más remedio...

— ¡Oh! ¿qué va á ser de mí?

Los ojos del sargento lanzaron un relámpago.

— Escucha, hermanita — dijo, atrayendo con suave violencia á Marina sobre sus rodillas. — Escucha... Hasta hoy, no he comprendido el valor de mi reputación de buena espada y de la educación especial que me dió Passepoil...

— ¿Luego piensas batirte?

— Sí.

— ¡Oh! Felipe, acuérdate de que es un embajador...

— ¡Qué me importa! — exclamó el joven con repentina violencia. — Aunque fuese príncipe, haría yo demasiado honor á ese miserable al cruzar mi espada de hombre honrado, con la suya.

— Pero ¿y tu porvenir? — murmuró la joven con una admiración y un reconocimiento que impregnaban de lágrimas su voz.

— ¡Pongo *nuestro* honor por encima de todo! — replicó Felipe, — y considero como míos el honor y la felicidad de la niñita de los ancianos que me criaron.

Los reemplazo.

La ofensa hecha, me atañe á mí, y juro no tomar reposo alguno hasta vengarme del infame... á menos que consienta repararla... inmediatamente...

— Sí — añadió levantado la mano; — ¡mi espada atravesará el corazón de ese Zeno, si no cumple su promesa!

Después de hablar de ese modo, estrechó el sargento á Marina contra su pecho y salió del cuarto diciendo :

— ¡Ánimo! ¡Hasta pronto!

Una vez sola, la joven se dejó caer sobre las rodillas, y un doloroso sollozo la sacudió por completo.

Profundo desgarramiento prodújose en su ser, porque, al oír batir contra el suyo el corazón leal de Felipe, acababa de darse cuenta... ¡ay! demasiado tarde, del poderoso sentimiento que hacia él la atraía.



— ¡Dios mío! Dios mío! — exclamó deshaciéndose en llanto; — ¡ya que estoy perdida para él, que cuando menos goce él solo toda la felicidad que nos reservais á los dos!

## SEGUNDA PARTE

### La locura de Aurora.

---

#### I

#### DUELO TRAS DUELO

Séanos permitido ahora retroceder dos años, á fin de relatar ciertos hechos que se relacionan directamente con los que acabamos de exponer y que hasta, por decirlo así, los han provocado.

Nos hallamos en 1742.

Si quisiéramos hacer historia, ese año fértil en acontecimientos nos proporcionaría materia abundante.

Pero, ¿de qué nos serviría hablar de la llegada á París del embajador otomano, Zaid-Effendi, enviado por la Sublime Puerta para ultimar un tratado que nunca se supo con seguridad lo que era, y el cual embajador, como verdadero turco filósofo, saboreaba durante noches enteras el champaña, mientras que los jóvenes